



IQUIQUE

EN 100 PALABRAS

LOS 100 MEJORES CUENTOS
DE LA IX VERSIÓN DEL CONCURSO



**IQUIQUE EN 100 PALABRAS:
LOS MEJORES 100 CUENTOS
DE LA IX VERSIÓN DEL CONCURSO**

© Fundación Plagio
Septiembre de 2021

Selección y Dirección de Arte | Fundación Plagio
Edición | Vicente Braithwaite
Diseño | www.triangulo.co / Josefa Méndez
Ilustraciones | Lucius Blacklung, Valentina González y Javier Osse

Inscripción n° 2021-A-7303 en el Departamento de Derechos Intelectuales
ISBN: 978-956-9304-45-3
Tiraje: 10.000 ejemplares
www.iquiqueen100palabras.cl
Impreso en Santiago por Aimpresores

DISTRIBUCIÓN GRATUITA · PROHIBIDA SU VENTA



Proyecto financiado por el Fondo del Libro y la Lectura, convocatoria 2021

IQUIQUE
EN 100 PALABRAS

LOS 100 MEJORES CUENTOS
DE LA IX VERSIÓN DEL CONCURSO

Este 2021, IQUIQUE EN 100 PALABRAS cumple diez versiones, una década de concurso a lo largo de la cual se han reunido más de 43 mil cuentos escritos desde todas las comunas de Tarapacá, más de 43 mil historias que, en conjunto, componen un inmenso relato colectivo, un relato coral único que nos transmite todo tipo de experiencias a las que de otra manera no tendríamos acceso.

Estamos felices de llevar a cabo nuevamente este proyecto y abrir un espacio donde se pueda seguir escribiendo la historia de Tarapacá, donde los habitantes de la región puedan plasmar cómo han vivido este tiempo particular y complejo que nos ha tocado atravesar.

Este libro reúne los cien mejores cuentos que se escribieron en la convocatoria 2019 de IQUIQUE EN 100 PALABRAS. Al leerlos, se vuelve del todo patente el peso de estos últimos dos años y cómo desde entonces han cambiado radicalmente nuestras rutinas.

Son relatos que nos hablan de una vida hacia afuera, de lo que ocurría en la calle, de lo que pasaba en las salas de clases, en las fiestas religiosas, e incluso de un evento absolutamente inusual como era entonces el uso de las mascarillas, a propósito del incendio de la azufrera en Alto Hospicio.

Con estas historias celebramos la creatividad de quienes se han atrevido a escribir durante estos diez años de concurso y aun, en algunos casos, a escribir por primera vez. Esperamos que estos relatos inspiren a muchos más a hacerlo, porque estamos seguros de que todos tenemos algo que contar.

FUNDACIÓN PLAGIO

FUNDACIÓN PLAGIO PRESENTA

IQUIQUE EN 100 PALABRAS

¡Participa en esta nueva versión del concurso
hasta el 3 de diciembre de 2021!
en www.iquiqueen100palabras.cl



iquique
en 100 palabras

Iquique es muy extraño

Para empezar, los diablos no torturan, bailan. Los dragones no vuelan, duermen eternamente. Y lo que es peor aún, al marinero más bravo le viven robando su hacha.

JUAN CARLOS SALINAS CASTRO, 17 años, Iquique.

La trenza de ajos

Toñito era un muchacho de catorce años, piel canela, pelo negro tieso. Su raíz originaria asomaba hasta en su silente voz, que decía «Iquique es mi futuro». Sus manos flacas, magras, tejían las cuelgas de ajo para vender en el terminal los domingos. Nacido en Jaiña, criado por su abuelo, aprendió a contar y sacar cuentas. Cuando el viejito murió, se hizo hombrecito, pero ese fatal terremoto de abril enterró su futuro junto al huerto. Todos preguntaban por él, pero nadie supo que quedó en Jaiña, debajo de su tierra indígena, abrazado a su trenza de ajos, a sus sueños.

ROSA OVALLE FERNÁNDEZ, 65 años, Iquique.

Almas

Tenía tres años cuando empezaron a irse. Lentamente las calles fueron poblándose más y más de carteles con sus fotos, que gritaban silenciosamente para que volvieran a sus hogares, pero no. Se han ido, seguramente a buscar mejores vidas u oportunidades que no existían en este pueblo lleno de tierra y cholguán. Abandonadas a su suerte, el viento del desierto transportaba sus voces y solo permitía escuchar el quejido de sus madres que, incansablemente, pedían una hora más de luz para buscar a sus tesoros. Sus almas no reposarían hasta sentir que estaban aquí otra vez.

DAVID CÁCERES COPAIRA, 23 años, Alto Hospicio.

La ciudad de las piscinas

Es febrero, día nueve. A cántaros llueve y llueve, desde Zona Franca al sur. Nunca ocurre. Se forman cúmulos de agua en las techumbres planas y socavones en las calles. Desde mi terraza inundada veo una ciudad que se transforma en la ciudad de las piscinas.

JESÚS AYALA CELEDÓN, 28 años, Iquique.

El baile imaginario

Los automovilistas y transeúntes eran su público fugaz. En medio de la huella, ignorando el miedo escénico, presentaba sus más animadas coreografías. Ya fuera en la avenida Diego Portales o en la transitada calle Progreso, bailaba al compás de una melodía que nadie podía escuchar; solo en su mente retumbaban los más diversos ritmos musicales que inspiraban sus movimientos de bailarín espontáneo. Ignoraba bocinazos, improperios, y, lo más curioso, tampoco aceptaba limosnas de nadie; era como si estuviera apartado de la realidad. Tal vez el sonido de su radio siempre está en su máximo nivel.

JORGE PULGAR ORTIZ, 33 años, Iquique.

Nada se compara con los alfajores de Matilla

El viaje de Oliver por el mundo fue genial. Viajó en globo aerostático por todos lados. Su lugar favorito fue Egipto, por sus pirámides, pero recordó que había algo mejor: el alfajor de Matilla. Oliver pensaba que nunca encontraría un sabor parecido, sentía que era algo único e irrepetible. El chico volvió a casa y pensó que nunca encontraría algo mejor que los alfajores de Matilla.

VALENTINA OLIVEROS PÁEZ, 12 años, Iquique.

La Virgen de La Tirana

¿Saben qué se está acercando? La fiesta de La Tirana, algo que hemos estado esperando. Para celebrarlo con ganas. Esta fiesta es única. De nuestra hermosa tierra. Empieza desde un amor, termina en tragedia. Había una vez una reina tirana pero justa, que se enamoró de un cristiano. Al ser descubiertos fueron condenados, pero querían seguir juntos. Y la tirana se bautizó, para seguir unidos ante los ojos de Dios. Hoy en nuestra tierra celebramos la unión de lo eterno, que nos recuerda cada 16 de julio la magia del amor.

MAITE TAPIA ANDRADE, 12 años, Iquique.

Veteranos del 79

Aquel día de otoño cogí mis queridas medallas y mi viejo brazalete. Estaba triste, presentía que sería mi último desfile. Recordé el día en que dejé mi tierra, muy joven partí a pie con el Tercero de Línea. Volvimos cubiertos de gloria y cansancio. Éramos muchos, ahora muy pocos. Estamos dormidos en este mausoleo, muy quietos y olvidados, escuchando el rumor de las olas. Pero soy feliz de descansar cerca de la mujer que amé, que me trajo el aroma de los pinos verdes. Ahora sueño con ella, con mis recuerdos, contemplando el cielo infinito y las estrellas del desierto.

SERGIO MUÑOZ MORALES, 85 años, Iquique.

Estaba aÑejo

Siento el primer rechazazo en la muela. Él, corpulento y algo duro, al principio no duda en resistirse ante mi ataque. Me agacho, esquivo y ocurre lo inesperado: lo noqueo al morderlo. Le gané al chumbeque.

MATÍAS ÁVILA GÓMEZ, 17 años, Iquique.

La estación

El convoy bajaba lentamente. Me intrigaba lo que aparecería después del túnel. Un gran ajetreo se producía dentro del vagón, se acomodaban las maletas hasta llegar a la estación. El desembarco era una odisea, que no faltara nada. Por fin un hermoso coche nos llevaría donde mi abuelo con una destreza increíble. Se acomodaban las pertenencias, partíamos. Yo siempre me ganaba al lado del cochero, incómodo pero feliz, encima de maletas y bultos. La experiencia era hermosa, atrás quedaba el bullicio de los pasajeros y el silbato del tren anunciaba que el Longino había llegado a su destino.

ALFONSO ARAYA PALLERO, 74 años, Alto Hospicio.

Una moneda

Primero vivimos en Hospicio, luego bajamos al centro de Iquique. En nuestros mejores años nos cambiamos al sur de la ciudad. Finalmente, cuando se nos acabó el amor, volviste al centro, cerca de la plaza Prat, y me dejaste aquí, en Santiago Polanco, con dos niños, dos perros y un gato. De ti aprendí que no importa el lugar en que vivamos mientras haya amor, luego aprendí que el amor se acaba, y cuando ya no tenía amor ni responsabilidades, me fui a vivir a la plaza Prat con la esperanza de que algún día me lanzaras una moneda.

FÉLIX SCHOLTBACH RIVERA, 25 años, Iquique.

Solo una luz

Todas las noches iba al mirador de Hospicio a despejarse de este mundo. Cada noche veía las luces de la ciudad y de los autos que suben y bajan sin parar, pero siempre las imaginaba como luciérnagas que venían a visitarle.

KIMBERLI ACUÑA CORNEJO, 18 años, Alto Hospicio.

Devota

Se sacó la pintura hasta quedar pálida, retiró las pestañas postizas, cambió la falda apretada por una café un poco más larga. Se puso zapatos bajos y se miró al espejo. «¿Y quién será esta? ¿Seré esta o la otra? Bah, pa lo que importa. Ahora puro importa ir a ver a la Carmelita.» Con cuidado tomó el rosario, el mismo de toda la vida, se miró al espejo por pura costumbre y, devota, partió.

LIDIA OSORIO OLIVARES, 65 años, Iquique.

Conchas de locos

Después de vivir más de setenta años en mi querido barrio El Morro, me llevaron a vivir al pueblo de La Tirana, pero en mi bolso me llevé dos conchas de locos para poder seguir sintiendo en mis oídos el sonido del mar.

HUGO GODOY PUCH, 71 años, Iquique.

Campana

Mi papá siempre me contaba historias de mi abuelo. En una de ellas hablaba de cómo en uno de sus tantos viajes de pesca sufrió un accidente y lo único que logró rescatar fue una campana. Me acerqué a ver ese oxidado trozo de bronce que mi padre tenía con tanto anhelo entre sus manos, mientras mis ojos lograban distinguir «made in China».

ABRIL CÁCERES TEBES, 15 años, Iquique.

Té con hierbaluisa

Cada tarde a las cinco, mi vecina Feliza y yo tomábamos la once, mientras mi pequeño hijo jugaba con sus autitos. En la mesa del patio interior había un mantel bordado con lindas flores. En el centro estaba la mantequilla, un plato con aceitunas, la panera con hallullas y marraquetas. Cuando el té llegaba a la mesa, se sentía el delicioso aroma a hierbaluisa. Mi hijo ya es hombre, la tía se fue a la eternidad y en mi mesa sigue el aroma de la hierbaluisa, típico olor de la once de Iquique, que perdura con el tiempo.

ELISA ARÁNGUIZ OVIEDO, 62 años, Iquique.

Esperando

Al término de clases, a la salida con mis amigos, compramos algo para el mistique, porque esperar la 1B es como esperar la vida entera.

THIARE OLEA RAMÍREZ, 16 años, Alto Hospicio.

A los 25 me desacato

Un día muy alocado prometía ser, pero fue un poco menos de lo prometido. Llegó el día, eran las 10 a. m. y yo aún no tenía permiso. Bajé a Cavancha a pasear y aún no tenía permiso. Eran las 8 p. m. y no tenía permiso, y no me dieron permiso, así que tocó ver *Morandé con Compañía* no más, sin fiesta de cumpleaños.

EYNER CALLEJAS FLORES, 17 años, Iquique.

Tierra de campeones

No, no hablo del estadio. Hablo del gran boxeador Arturo Godoy, que con un cargamento de chumbeques y mote con huesillo salió representando a Iquique por el título mundial, pero que, a falta de la enorme hinchada iquiqueña, fue derrotado.

CAMILO CORTÉS LIZARDE, 16 años, Iquique.

Calle Vivar

Me movía sigilosamente por los autos sin hacer ningún tipo de ruido. La calle Vivar estaba completamente vacía a estas alturas de la noche, y eso sin duda me causaba escalofríos. Pude ver a algunos hombres en las esquinas conversando algo alto mientras me miraban sin descaro. Como si fuese un mago, entré a mi camioneta sin respirar en ningún momento. Y cuando me sentí aliviado, dispuesto a irme lo más pronto posible, un golpe en mi ventana hizo parar mi corazón. Y mi billetera. «Jefe, serían 5000.»

FERNANDA ALIAGA JIMÉNEZ, 15 años, Iquique.

En una cajita en el Marinero Desconocido

Hace calor a pesar del frío, no puedo respirar bien bajo el peso de mis hermanos, patas, colas y pelos. Abro los ojos para conocer por primera vez el mundo; es café y es grande. Salgo valiente pero las olas rugen fuerte. Bocinas y basura son nuestra casita, jugamos a la pandilla y a robar la comida de los camioneros. Antes de que oscurezca miraremos las piruetas de los humanos en el mar, soñaremos con algún día ser perros surfistas.

FRANCISCA VIVANCO MARTINETTI, 32 años, Iquique.

Corre, corre

Cada noche después de llegar del trabajo me pongo mis zapatillas y tomo mis audífonos para empezar a correr desde la Intendencia hasta Chipana, pasando por toda la costanera. Siento el viento en mi rostro, mi corazón va latiendo cada vez más agitado y solo pienso en llegar a la meta. Veo pasar a más corredores, a personas paseando, y empiezo a entender que para ser feliz solo necesito correr.

LUCÍA QUIROZ VISTOSO, 28 años, Iquique.

La última trashumante

PREMIO AL TALENTO MAYOR

Cuando Meche Ticuna fue llevada al cementerio de Huarra para quedar con los suyos, se cumplió su voluntad. La gente bajó de las quebradas porque era muy querida y la última trashumante de Coscaya. Iba cantando con su rebaño y buscando la mejor alfalfa para ellos, a ratos se sentaba y tocaba su zampona, tesoro de su padre, o la flauta de su hijo fallecido. En Pachica se tomaba un ulpo con alguna vecina, en Poroma le regalaban zanahorias frescas del huerto y llegaba a Coscaya entrada la noche a guardarse para el otro día. Así vivió siempre la trashumante.

ROSA OVALLE FERNÁNDEZ, 65 años, Iquique.

Ilustración de Valentina González.



Once local

El Rucio es del sur. Sus ojos me recuerdan el mar de Cavancha en las mañanas. Hace varios años lo llevé a conocer a mis abuelos, que justo estaban tomando once. Mi abuelita Carmela lo invitó a sentarse y le sirvió té de hoja con hierbaluisa, abrió la mitad de una marraqueta y le puso una presa de albacorilla frita. Él no entendía nada. Cuando saboreó la mezcla nació su adoración hacia mi abuela y hacia el pan con pescado. Desde ese día no hay visita a la caleta sin que me diga: «¿Y si llevamos pescado para la once?».

BÁRBARA ANDAUR PASSTENI, 31 años, Iquique.

El joven de la guitarra

Noche de turno, con niebla y sin luna. Desde el puerto viene una figura que parece humana y que al acercarse me queda más claro que lo es. Se trata de un joven con el dorso desnudo, pantalones, zapatillas y una guitarra de palo al hombro, nada extraño para un día de verano en Cavanha, pero algo insólito para una madrugada fría en una faena minera. Tiene su rostro tranquilo, parece que nada lo perturba, pasa frente a mí sin percatarse de mi presencia ni emitir palabra, y a medida que se aleja se va desvaneciendo hasta desaparecer por completo.

CARLOS CONTRERAS GÓMEZ, 48 años, Iquique.

Camanchaca

Cuando yo era pequeño, mi abuelo siempre me contaba historias acerca del cerro Dragón. Decía que un dragón vivía debajo de las dunas y que por las noches escupía fuego. Nunca le creí, hasta que vi la camanchaca.

CHRISTIAN MONTECINOS FUENTES, 27 años, Alto Hospicio.

Pastel de jaiba

Está la jaiba reina jugando ronda con la colorada, la mora, la puñete y la de huiro, en la caleta Cavancha. Comen desechos lanzados al mar por los pescadores. Se ponen de acuerdo para migrar, y en un año volverse a juntar. La jaiba reina camina hacia el estuario del Loa. Encuentra restos humanos, de lobos, delfines, tiburones. Vuelve a Cavancha para avisar a sus amigas, no las encuentra y pregunta a un pejesapo por ellas; este le contesta: «Se transformaron en un sabroso pastel de jaiba».

CONSTANZA VALLADARES OTAROLA, 10 años, Iquique.

Mil palmeras

Iquique está lleno de palmeras, pero en Cavancha, por alguna extraña razón, cuando tengo hambre nunca pido al tío para comprarle una.

GABRIEL BINIMELIS GAJARDO, 15 años, Iquique.

La Lambretta de don Choche

La motoneta Lambretta era un vehículo que llamaba la atención en el barrio Bulnes, entre Vivar y Barros Arana. Era la década de los setenta, y cuando mi padre (a quien todos llamaban «don Choche») salía, se producía un griterío entre todos los niños para ser llevado el primero a la vuelta de la manzana. En cierta ocasión, el guatón Peta, sin que don Choche se diera cuenta, se lanzó sobre la rueda de repuesto que iba en la parte posterior de la Lambretta. Fue así como el Peta conoció por primera vez Playa Brava.

VIVIAN MIRANDA BADANI, 62 años, Iquique.

Nueva Ola

PREMIO PROVINCIA DEL TAMARUGAL

«No hay verano sin acampar en la playa», decía mi mamá, mientras acomodaba los colchones en el pick-up de la camioneta. Las carpas y las sillas iban arriba, y de los sacos de dormir y las almohadas se encargaba cada uno. Nunca la escuché quejarse de los labios partidos por el agua salada, de la incomodidad de dormir a la intemperie o del dolor de las quemaduras por los días enteros expuesta al sol del norte. Al contrario, silbaba feliz canciones de la Nueva Ola y, a veces, mientras preparaba los huevos duros para la once, también las bailaba.

PAZ LETELIER DUARTE, 24 años, Pica.

Ilustración de Javier Osses.





Charles Huesitos

Llegaste un 18 de julio, tembloroso y sucio. Estabas debajo de un camión, de esos que abundan mal estacionados en nuestras calles. Cabías en la palma de la mano y al tomarte se sentían tus huesitos. Con cariños y cuidados fuiste mejorando, atrás quedó la calle y se perdieron tus huesitos en todo tu pelaje. Curiosamente, junto con ello empezaste a ronronear, pero a ronronear por todo y todo el día, porque sí y porque no. Ya van cinco años y no hay día en que no te escuche ronronear. No sabía que cabía tanto agradecimiento en un solo gato.

PABLO RODRÍGUEZ VICENCIO, 33 años, Iquique.

El mar

Llegada la noche nos embarcábamos a Iquique, un viaje entretenido. En la primera parada, Quillagua, tomar té con leche en botella, comer pan amasado con mantequilla. Todo era hermoso, la ansiedad cundía, los asientos de madera ya no eran tan duros, la pampa se terminaba. El tren subía despacio, su silueta se dibujaba en la arena, en el cálido atardecer daba vueltas. Y aparecía él, azul majestuoso. Todos se volcaban a las ventanillas, abriendo las ventanas. El hollín molestaba los ojos, pero no importaba: queríamos respirar el olor a mar que solo los que viven cerca de él pueden recordar.

ALFONSO ARAYA PALLERO, 74 años, Alto Hospicio.

Ramos Cholele

Desde que lo conocí me pareció viejo. Era obvio, por su aspecto y su edad, que no era mi papá, pero lo parecía: era mi abuelo. Vendía ramos en las ferias y, en un tiempo que poco recuerdo, flores fuera del cementerio, junto a mi abuela, pues él era el señor de los ramos Cholele. Alguna vez su familia tuvo una florería allá en la plaza Arica, la florería Gamboni. Mi abuelo hasta su mayor vejez visitaba a los suyos y les llevaba sus ramos, con polacas, papelillos y rosas que él mismo plantaba, un ramo que él arreglaba.

CAROLINA LIZAMA GAMBONI, 30 años, Alto Hospicio.

La Ale

Con la Ale cada día nos inventábamos razones para hacernos felices. Nos metíamos en las quebradas de Hospicio con la esperanza de encontrar tesoros olvidados entre la basura, o corríamos entre la camanchaca hasta que uno se perdiera de la vista del otro solo para correr y volver a encontrarnos. Soñábamos con el día en que pagáramos el pasaje completo de la 1B para ver cómo la ciudad cambia de color por la ventana. Ahora la Ale ya no está, pero aún me deja escaparme con ella después del trabajo cada vez que la recuerdo en el taco de subida.

LUIS ZÁRATE CHÁVEZ, 31 años, Alto Hospicio.

Atardeceres en la playa

Ya no voy a la playa, casi no me gusta, pero igual extraño Cavancha a las seis de la tarde, toda mojada y sentada encima de la toalla, comiendo berlines con arena y bebida con poco gas.

CATALINA TEJO GÁLVEZ, 17 años, Iquique.

Chusca y tamarugos

Cada vez que subíamos a La Tirana con mi abuela, ella solía relatar, durante el viaje, historias de su infancia vividas en la pampa. Rodeada de chusca y tamarugos. Ahora que ella no está para contarme historias, mi mamá cuenta las suyas de cuando solía vivir en Cuminalla con sus hermanos. Rodeados de chusca y tamarugos. Y algún día yo también contaré mis historias, al igual que las de ellas, rodeada de chusca y tamarugos.

VALENTINA GUERRERO GUERRERO, 16 años, Alto Hospicio.

La ensalada

Con aceite de oliva, sal del Himalaya y limón de Pica. Si no era así, mi compañera no se comía la ensalada. No sé quién era más exquisita, si la ensalada o ella.

ISIDORA BUSTOS OLAVE, 17 años, Iquique.

Zigzag

Teniendo trece años, trece niños emprendimos un larguísimo camino. La travesía fue desde las Dunas 1 hasta las cuevas de cal del Zigzag, emplazadas en las faldas de Hospicio. Mirar Iquique desde la altura es indescriptible. Eran quince metros de profundidad hacia el interior del cerro, en el que jugamos a las escondidas y plasmamos nuestros nombres en las paredes blancas, los cuales aún deben subsistir. No pensábamos en derrumbes, pero teníamos miedo a la oscuridad. Podría haber sido el último minuto de nuestras vidas, sin embargo fue el primero de nuestro espíritu aventurero.

CLAUDIO PEÑA GONZÁLEZ, 39 años, Iquique.

Alto Hospicio

Es bastante peculiar sentir el olor a mar en pleno desierto.

KARLA YÁÑEZ HIDALGO, 35 años, Iquique.

Don Esmeraldo

El hombre se miró el pulgar derecho, gordo, rugoso, amarillo de nicotina, y después de mirarse en el espejo para ver si era tan viejo como decían, contempló su rostro surcado por mil arrugas, tan hondas como las tierras que arrendó, y entonces fue cuando se volvió a preguntar: ¿Qué demonios iba a hacer en aquella casa de la tercera edad? Al amanecer fue a tocar sus limoneros y mangos, que quizás no vería nunca más, y cuando sus hijos fueron a buscarlo para llevarlo a Santiago, estaba de bruces, como besando el suelo, sin vida, como abrazando la tierra.

SERGIO MUÑOZ MORALES, 85 años, Iquique.

La Rucia

Le dicen la Rucia, aunque su pelo es colorín. Es robusta y corta de genio. Tiene cicatrices y los ojos oscuros. Deambula por Amunátegui y causa miedo, porque su mirada es suficientemente agresiva. Últimamente se le ha visto en Circunvalación, cerca de Zofri, robando en un semáforo con la banda. La Rucia fue la única sobreviviente de la familia en un accidente en la carretera. Tenía doce años y nunca más volvió a ser igual.

PEDRO VALENCIA TOLEDO, 38 años, Iquique.

El «mesié»

Poeta innato, contador de las más rimbombantes historias pampinas, oreja para mis penas y cuidador de autos por oficio, el *Mesié*. Dicen que se disfrazaba de garzón para atender a los pudientes turistas en el Hotel de la Gaviota. Les contaba que el chumbeque lo había inventado su taita, un chino que había llegado de Pekín, aunque su pelo era colorín y más naranja que los atardeceres del Glorioso. Un día no volvió más con su pañito amarillento. Nunca más escuché el «*mesié!*» para saludarme. Comentan que descorchó el último vinito con una franchise que se lo llevó a París.

CARLOS CORREA SEGOVIA, 42 años, Iquique.

Esclavos en Iquique

MENCIÓN HONROSA

Mi abuela me contaba que cuando era niña, en años en los que nuestra Zona Franca estaba en su apogeo, era difícil pensar que los primeros chinos que llegaron a esta tierra no fueron los empresarios de estas tiendas sino los esclavos que traían para extraer el tesoro del guano. Los llevaban a Pabellón de Pica y Huanillos a trabajar de sol a sol, encadenados. Algunos caían por los riscos. Me decía que cuando uno se acerca a esos lugares, aún se puede oír el sonido de todas las cadenas y te invade fuerte una triste y misteriosa presencia.

ALEJANDRA CARRILLO CONTRERAS, 38 años, Iquique.

Cortar cadena

Con una sola llamada el mundo se me cayó, y me di cuenta de que esto era una cadena y la única que podía cortarla era yo. Nunca pensé que mi madre fuera capaz de hacerle a mi hijo lo mismo que me hizo a mí. Estoy solo a cincuenta días de cortar la cadena.

DAYAM VALDEBENITO SOTO, 28 años, Iquique.

Cuento escrito en una actividad literaria en el Centro de Cumplimiento Penitenciario Iquique.

El enano de Tarapacá

Una vez soñé que el Gigante de Tarapacá se iba achicando y achicando, hasta que se hacía de mi tamaño. Al día siguiente me convertí en el Gigante y él tomó mi lugar. Estuvimos mucho tiempo así. Luego volvimos a nuestros puestos originales y me di cuenta de que el Gigante había tomado mi familia como la suya, y le pedí que me la devolviera. Después de tanto insistir, no lo hizo, sino que me tomó como parte del cerro y nos convertimos en la gigante familia de Tarapacá.

EMILY VERDUGO NARVÁEZ, 12 años, Iquique.

Érase un tren

El sonido del pitido que venía distante desde la altura del cerro era señal de que el tren se aproximaba, y entonces yo gritaba entusiasmado: «¡El tren salitrero... el tren salitrero!». Pasaría por la vía cerca de mi casa, con su pitido de alerta, lanzando bufidos de vapor, con el trom trom de las ruedas pisando los rieles. Me infundía emoción verlo con los carros enganchados cargados de oro blanco, ingresando a la estación con dirección al sitio de embarque. Aún creo escuchar su pitido desde la muralla costera, anunciando su llegada de la pampa salitrera.

CARLOS VALDIVIA SAAVEDRA, 76 años, Iquique.

El primer «moonwalk» fue en el Iquitados

Antes de que Michael Jackson con su *moonwalk* en «Billie Jean» nos impactara con su guante plateado, Francisco Olivares, o el negro Pancho, ya lo había logrado en la cancha del Iquitados. Tuvo que correr los cuatrocientos metros planos. El genio criollo lo hizo con su típica y única tenida: polera verde y pantalón negro. Para su triunfo usó guantes blancos, los mismos del desfile del 20 de mayo, ahora sucios por saltar los durmientes que comunicaban con las canchas y que separaban del ferrocarril, ahí mismo donde hoy trabaja vendiendo neumáticos, a la entrada de la Zofri.

JOSÉ LUIS CARVAJAL ENCINA, 57 años, Pozo Almonte.

La estación Pintado

Mi abuelo vivía en la estación Pintado de la pampa. Su escuela era de adobe y había un solo profesor para el segundo básico. Alumbraba con chonchones (lámparas de carbón), compraba en la pulpería El Chino y los vecinos cantaban las mañanitas a los que estaban de cumpleaños. Se entretenían jugando a la rueda y pateando una pelota de trapo. Mi bisabuelo Carruncho trabajaba en el ferrocarril autoriel y motoriel, y mi abuelo tomaba la góndola que valía cuatro pesos. Tenía siete años, igual que yo, y vivía feliz sin electricidad ni celular. Nortino de corazón. Sin monopatín. Fin.

CRISTÓBAL LOYOLA DÍAZ, 7 años, Alto Hospicio.

El mejor día de mi vida

Era verano. Iquique. 24 grados. El lugar ideal para pasar el calor: el cine. Vimos *Frozen*, luego nos fuimos a comer algo. Mi mamá pidió ensalada. Tomamos una micro para volver a casa. Ese fue el mejor día de mi vida.

SCARLETT ELIZONDO VARGAS, 13 años, Alto Hospicio.

Sandboard en el cerro Dragón

Era un día normal hasta que fueron las tres de la tarde y llegó mi tío a almorzar. En eso mi tío me dijo: «¿Vamos al cerro Dragón?». Apenas escuché, me emocioné con la idea. Subimos por la cola del Dragón, fue un recorrido hermoso; vi toda la ciudad de Iquique a los pies de aquel dragón de arena. Mi tío me enseñó un deporte, yo nunca había escuchado su nombre, «sandboard». Me subí a la tabla y me deslicé por aquella cola interminable, la cual me provocó tantas risas que en algún momento pensé que el Dragón se despertaría.

IGNACIA PARRAO SOTO, 12 años, Iquique.

Sikuri

PRIMER LUGAR

El sonido se cuele por las hendidias del murallón, y la antigua iglesia parece derretirse escuchando las melodías. Al retumbar las cajas, la tierra se abre y las plumas de los penachos empujan el viento que trae la lluvia. Luego la danza: en un círculo bailan los elementos y la gente. Suena una caña vieja, como quebrada, y la cacofonía se confunde con un trueno. La comparsa toma el ritmo del agua, la música se escurre por el empedrado. Los niños la persiguen y se embarran, luego se limpian y luego regresan al mismo lugar a soplar en su sikuri.

VÍCTOR VIVES ROMERO, 29 años, Colchane.



El lobo marino de la caleta Riquelme

El sol y las olas acariciaban el pelaje del lobo marino, pero este, apretujado entre sus congéneres, solo miraba hacia arriba, de donde caía la comida.

CARLOS GALEAS GERALDO, 82 años, Iquique.

La espera

Habían pasado más de tres meses sin ver ese cerro imponente, más de 2.160 horas sin poder ver esa playa querida, más de 129.600 minutos sin poder ir al estadio Cavan-cha con mi viejo y mi hermano, más de 7.776.000 segundos sin pasear por la costanera desde el Museo Corbeta Esmeralda hasta la rotonda de Chipana. Y cuando iba bajando de Alto Hospicio me di cuenta de que toda esa espera había terminado.

GONZALO VILCA VENEGAS, 23 años, Iquique.

El «Doppelgänger»

Mi papá me contó que quien vende cedés en las micros que suben a Alto Hospicio fue en algún momento algo así como el doble oficial de Michael Jackson en Chile, pero que tras las cirugías, y a consecuencia del avanzado vitiligo sufrido por el cantante, se había dado fin a la célebre aunque escueta carrera de este *Doppelgänger*. Hoy pasa por nuestros asientos ofreciéndonos un compilado de grandes éxitos de Lucho Jara y ríe de buena gana cuando alguien desde el fondo le grita «*hee-hee*».

CARLOS IRIBARREN PANIAGUA, 20 años, Alto Hospicio.

Limosnas en la ventana

El auto de enfrente para, no existe semáforo en esta intersección. La fila que va en dirección contraria avanza con gran velocidad. Ya pasó por 18 de Septiembre, esquivó las calles cerradas y acabó atascada en medio de otros autos. El estrés la lleva a encender un cigarro y abrir la ventana para no ahogarse en medio del humo. No pasa ni un segundo cuando aparece; los demás avanzan y lo ignoran, las madres protegen a sus niños y la mujer suelta el cigarrillo, cierra su ventana y pone el seguro. Ahora es su turno.

DANAHE TORRES GARCÍA, 15 años, Iquique.

Monterroso perdido en Cavancha

Debió haber dormido demasiado. Confundió al dragón con un dinosaurio.

GABRIEL BRAVO COBB, 34 años, Iquique.

El grumete y la muerte

La larga añoranza del barco de juguete de su amigo Carlitos le anunciaba que su suerte y ventura estarían ligadas al mar. No alcanzaba la docena y la vida le regalaba un barco y una tripulación, lo hacía dueño de océanos y peces. El recuerdo del violín nocturno y el arrullo del piélago mecían los coy. «¡Amigo, amigo, bautizo y renacimiento!», fueron los suaves susurros de la dama blanca *ultimum somnium* de 20 de mayo. No alcanzaba la docena y la muerte le miraba con violencia. Unos dicen que murió en el combate; otros, que hacia el sur partió.

ELIO GUENNADIEVICH RAMOS, 31 años, Iquique.

La novela y el té

«No te *parai* de ahí hasta tomarte todo el té, cabra *condená*», decía mi dulce abuelita mientras tenía los ojos pegados en la novela. Seguía dándole vueltas al té con la cuchara. Cada diez minutos podía escuchar a mi abuela decirme que me tomara el té, no se había dado ni cuenta de que la taza estaba vacía, hasta que la voz de mi primo, el casi héroe, se escuchó por toda la cocina: «¡Vamos a la plaza Arica!». Lamentablemente mi abuela no me dejó bajar, convencida de que no me había tomado el té.

MARTINA FERNÁNDEZ GODOY, 12 años, Iquique.

Vistiendo a la reina

Tenía solo seis años. El Pato me dijo: «Sube las escaleras y anda a ayudar». Llegué hasta arriba, con timidez y sin saber qué debía hacer. Ahí estaba Mariana, la encargada. Lo hice rutina, todos los sábados a las seis tenía cita con la reina. Nunca falté, ella lo merecía. Ella desde su camarín custodiaba la Casa Grande del Norte. Y a los veinticinco años recién asimilé el gran honor que fue vestir a la reina, pero la Reina del Tamarugal. Sí, ella, la que pasea cada 16 de julio. Mi amiga y mi madre.

HILDA GONZÁLEZ BOLADOS, 31 años, Iquique.

La bolsa

Cuando fui al supermercado, mamá fue a cancelar. Había una señora discutiendo con la cajera por la famosa bolsa. Y pensé: por qué casi siempre los chilenos hacemos caso omiso cuando nos imponen algo con debida anticipación. Yo recuerdo que en todos los negocios habían letreros donde anunciaban que darían dos bolsas hasta el 3 de febrero, después el cliente tendría que llevar alguna donde echar sus productos. Cuando llegamos a casa, mamá me contó que antiguamente existía una bolsa llamada «pilgua», resistente, bonita, o sencillamente se hacían bolsas de género, utilizando el saco harinero, y no contaminaban nuestro medioambiente.

THAYNA CASTILLO CHÁVEZ, 11 años, Alto Hospicio.

Castillos abandonados

Era el año de 1990, yo tenía seis años cuando mi familia llegó a las primeras tomas de Alto Hospicio. Cuando llegamos ya estaban mis primos, Marcelo, José y el tío Juan, que tenía nuestra edad. Jugando en la tarde por el desierto descubrimos una iglesia. Habían muchas parcelas y también casas muy bonitas llamadas «urbinas». Aventureros todos, seguíamos por el desierto silvante y polvoriento. A lo lejos se veían, como espejismos distorsionados, castillos y torres abandonados. Nos acercamos y entramos temerosos –habían cuartos subterráneos oscuros, murallas destruidas y quemadas–, sin saber que aquel lugar era del famoso Cardoen.

RODOLFO CHAMBE FERNÁNDEZ, 35 años, Alto Hospicio.

Avisa cuando llegues

MENCIÓN HONROSA

Nos despedimos con un «avisa cuando llegues». Ella era una chica normal. Tenía la costumbre de ponerse las llaves entre los nudillos, como las calles le habían enseñado. Siempre subía temprano, para no preocupar a sus papás ni tener que irse parada en la micro. Nos pasamos de largo hablando sobre la vida, como nunca. Para llegar a su casa tenía que irse a Pedro Prado y subir a Hospicio. Nosotras, inocentes, la dejamos sola. Nosotras, crédulas, nos fuimos a dormir como si nada pasara en ese instante. Nosotras, tontas, jamás imaginamos lo que ocurriría. Nunca recibimos respuesta.

MELANY VILLACORTA FERNÁNDEZ, 19 años, Alto Hospicio.



El tiburón

Se daba el primer zambullido a las ocho de la mañana, a esa hora se metía en la piscina Godoy. Fuera invierno o verano, practicaba desde temprano su nado y resistencia. Como un pez recorría el fondo de azulejos, sin salir a tomar aire a la superficie. En cada brazada sentía el esfuerzo de sus padres. No tomaba desayuno y después de entrenar se iba caminando a su colegio. El Tiburón Chandía llegaría a ser campeón mundial de nado submarino, aunque en ese tiempo se iba a su escuela golpeando puertas y pidiendo un pan, descalzo.

JORGE CAUCOTO GRAMATTICO, 48 años, Iquique.

No tenemos trabajo, pero tenemos mar

Eso de caminar por todo Iquique buscando trabajo fue toda una experiencia. Veníamos llegando hace dieciocho años y decidimos salir tempranito, con cien pesos. Era lo único que teníamos. Caminamos tanto, desde los Algarrobos hasta el centro, y cuando ya veníamos de vuelta, muy cansados, nos fuimos por Cavancha, nos sentamos en la arena, miramos el mar (como si nos diera esperanzas de un futuro mejor). Para nosotros esa es la máxima bendición que podemos tener cada día: el mar. Nos miramos y, mientras comíamos un chumbeque, te dije: «No tenemos trabajo, pero tenemos mar».

ALEJANDRA ESCUDERO JIMÉNEZ, 44 años, Iquique.

El Bisagra

Tenía la piel quemada, era flaco y con la cara arrugada. Más viejo que la injusticia, yo pensaba, mientras le miraba. Iquiqueño de nacimiento, decía ser con orgullo. Antiguas historias me contaba mientras fumaba. Fue pampino, en el puerto se ganó la vida, también trabajó en la mar. Todas las tardes salía a comprar el pan, casi siempre iba entonado, algunas veces se tambaleaba con cada paso que daba. En el barrio la vida de todos comentaba. El viejo, si no estaba parado en la puerta, era porque estaba afirmado en la ventana.

ENZO FIGUEROA INFANTE, 34 años, Iquique.

Filomena

Hasta hace poco yo era ateo, nunca creí en Dios ni en la Biblia, hasta que me comí una empanada en Doña Filomena. Desde ese día rezo cada noche para que al siguiente día almorcemos ahí.

FELIPE ACEVEDO CALDERÓN, 16 años, Iquique.

El rockero loco

Todos los días, al mediodía, el rockero loco se ubica en la Plaza de Armas de Alto Hospicio con su guitarra eléctrica sin cuerdas. Allí lo espera una multitud ansiosa y enfervorizada que se aglomera para oírlo cantar. El ritmo de sus canciones y el timbre gutural de su voz los enajena y los hace delirar. Todos bailan con frenesí y vitorean felices a su gran ídolo. El rockero, sumido en su locura, los observa desde su escenario irreal y, por un instante, olvida sus miserias, y junto a esa fanaticada imaginaria es libre para volar.

MANUEL MARTTELL CAMARA, 65 años, Alto Hospicio.

De marca

Aquí venía yo toda fashion con mi cartera Cucci y mis zapatos Luis Vuton. Todos pensaban que eran originales. Me los había comprado a quinientos pesos en el Agro.

CONSTANZA DÍAZ GALLEGOS, 15 años, Iquique.

Intento de biografía simultánea

Mientras Elvis ya deslumbraba con su voz de oro a las muchachas en Memphis, Careloco interpretaba cumbias en una shopería de Amunátegui. Cuando no había nadie en el mundo que no conociera al Rey, Careloco había sido apuñalado tres veces y había grabado un disco artesanal. Al primero lo volvían loco las anfetaminas, y al iquiqueño, la pasta base. El día en que Elvis cantó en Hawái, al Careloco lo atropellaron después de una presentación en un topless. Los dos murieron de sobredosis. Los dos murieron un martes helado. A uno lo recuerdan más que al otro.

JUAN JOSÉ PODESTÁ BARNAO, 40 años, Iquique.

Iquiqueño al 100

Fue pescador, mariscador y surfista, aparcador de yates en Miami, limpiador de jaulas en circos mexicanos. Navegó el Atlántico y vagabundó en Alemania. Ahora es historiador y museólogo en Pica, decidor de dichos, escritor analfabeto y mecánico de autos modelos Ford A. Lo reconoces por sus manos siempre engrasadas, la soriasis y las manchas propias de los setenta y dos años, su sonrisa permanente y su pensamiento de Dalai Lama, guerreando siempre contra la injusticia mundial. Ese es mi amigo, iquiqueño 100%, don Robert, dueño de la palmera más regada de Iquique.

PABLO LAZO NÚÑEZ, 46 años, Iquique.

El auto blanco

En ese tiempo todos tenían miedo, las mujeres se cuidaban de cierto auto. Cuando se supo la verdad, todos lloraron; mi mamá solo por ser madre lloró. Y me sometió a una serie de estrategias de defensa personal a su manera. Yo, con doce años, no entendía mucho, pero jamás me subí a un auto blanco.

YARA LLANCA BASTÍAS, 24 años, Alto Hospicio.

El chico de las conchas

Hay sonido a mar en estas pampas, conchitas que suenan más fuerte que el devoto salto del diablo. «Hay marejadas», dicen algunos, pero no, no es el sonido de las olas, ni de las conchuelas reventando contra las rocas; es el sonido de un chico, un viejo chico que tiene el mar en sus manos.

SEBASTIÁN VALDÉS MORÁN, 22 años, Alto Hospicio.

Tormenta de arena

Cerró puertas y ventanas, mientras observaba cómo se acercaba la tormenta de arena al pueblo. El polvo ingresaba rápidamente por debajo de la puerta. Buscó en el mueble de cocina tratando de recordar dónde había dejado las mascarillas compradas el año anterior para la influenza. Apretó su nariz con la mano izquierda, mientras respiraba por la boca. Sentía un picor en su garganta cada vez más molesto. Sobre el mueble de cocina encontró la caja que buscaba, sacó tres mascarillas y corrió al dormitorio de los niños. José y Susana se habían tapado con una frazada. Ana al fin respiraba.

KARLA CARRILLO ORQUERA, 34 años, Pozo Almonte.

Siempre me enamoro

Caminé una tarde por Isluga y como una tonta me enamoré de un cerro que tenía forma de hombre. Se parecía a mi papá al dormir. Amé sus formas toscas y rudas, su textura dura y antigua. Regresé en la noche y caminé por la chusca. Sentí cómo esa especie de roca gigante decía mi nombre usando el viento. Subí por toda su cuesta empinada hasta alcanzar la cima. Me acosté y lo abracé. Fui feliz. El frío de la noche llegó, pero no tuve fuerzas para dejar a mi cerro y me quedé con él por siempre.

ANTONIA VARELA CARVAJAL, 11 años, Alto Hospicio.

Lo teje

PREMIO AL TALENTO INFANTIL

Lo teje, lo teje, mi abuela me lo teje porque ella dice que del invierno altiplánico me protege.

JAVIERA VILLALOBOS SCIARAFFIA, 12 años, Iquique.

Ilustración de Lucius Blacklung.



La reina del carnaval

Ansiaba el verano. A sus lozanías no le importaba desgastarse por amanecer entre costuras, luego atender su puesto en el terminal y rematar las tardes organizando a la población. Todo valía la pena con tal de recorrer Playa Brava al son del carnaval. Su energía y risa contagiosas no vislumbraban ni esbozos de desamor, pérdidas o cansancio acumulado por la abnegada crianza de sus hijos. Durante una noche era música y baile, era libre. El año en que partió, Iquique no tuvo carnaval; se fue con ella.

CAMILA ARENAS JIMÉNEZ, 26 años, Iquique.

El primer influencer iquiqueño

Mi taita era chofer de un camión de la basura. Yo era un cabro de la Jorge intentando ser Maradona. Jugábamos en la cancha de la esquina, en la del centro abierto o en la de la escuela. Siempre con zapatos de colegio. No había para más. Pero un día se quemó completo un galpón con zapatillas. Entre las cenizas mi viejo rescató unas cajas, y aunque ninguna zapatilla tenía su par, logré juntar dos distintas del mismo número y me hice goleador. Ese año ganamos el campeonato, pero no intercambiamos camisetas. ¡Todos los cabros intercambiaron una de sus zapatillas!

GISSSEL GODOY RIQUELME, 41 años, Iquique.

Ilusión

Desde que tengo uso de razón, antes de dar mi primer beso, antes de tener mi primera polola, antes de tirarme en el Saladero, antes de nadar la travesía de la boya, llevo participando en Iquique en 100 Palabras, y siempre paso por Baquedano esperando ver mi nombre ahí algún día.

MATEO SALOMÓN SALAS, 16 años, Iquique.

La pesca de Playa Brava

Hay que estar atento para lograr atrapar a tu presa, te desesperas al no poder agarrar a ese pez y solo quieres meter tu mano al agua para sacar de una vez a ese pez que tanto quieres. Hay algunos que se tardan eternidades en agarrar un simple pez y otros que lo hacen parecer muy fácil, pero todos tenemos una cosa en común: anhelamos atrapar un pez y ganar un deseado juguete. Algunos querrán una masa, un trompo o una simple pulsera, pero la cosa siempre es conseguir lo que deseamos de la pesca milagrosa de Playa Brava.

JANIS LEMA PRIETO, 11 años, Iquique.

Los toreros

Cada cierto tiempo recuerdo mi corta infancia en el barrio Matadero, calle Videla con Juan Martínez, cerca del famoso bar El Dándalo, donde los matarifes terminaban su jornada laboral. De cuando en cuando algunos toros se escapaban desde su última morada y corrían desbocados por las calles del barrio. Cada casa cerraba sus puertas y ventanas, los transeúntes desafortunados que se encontraban de frente con alguno de estos desenfrenados futuros trozos de carne se convertían en improvisados toreros, tratando de sortear de la mejor manera las fieras embestidas de los toros fugitivos. Momentos imborrables vividos solo en Iquique.

JAVIER MALDONADO ROJAS, 54 años, Iquique.

Ya no son mis dulces

Me di cuenta de que había crecido cuando era yo la que tiraba los dulces desde el carro del Pascuero.

VERÓNICA JARA ESBRY, 25 años, Iquique.

La boya de la abuela

Temprano llegaron al puerto, arrendaron una lancha y partieron mar adentro. Frente a la boya la lancha se detuvo para que los familiares de la abuela esparcieran sus cenizas en el mar. Hubo un minuto de silencio, luego cantaron el Himno de Iquique y regresaron a tierra. Así lo quiso la abuela y así cumplieron su deseo.

ERIKA GONZÁLEZ EISSMANN, 69 años, Iquique.

Perros de agua

Mi hermano siempre me llevaba al puerto a ver a nuestros amigos. Algunos eran muy grandes, otros estaban recién nacidos, y aunque pasaban bañándose, todos eran hediondos. Igual se pasaba bien con ellos, viéndolos resolver cuentas mediante peleas que siempre terminaban en juegos y abrazos. A veces llegábamos y estaban casi todos durmiendo plácidamente, hasta que llegaba algún turista a sacarles fotos y ellos, sin que se les pidiera, todos empapados, ya estaban posando. La parte más triste era cuando nos terminábamos de comer el aliado, porque eso significaba que teníamos que despedirnos de los lobos marinos.

ARANTXA BUSTAMANTE IBACETA, 16 años, Iquique.

El bidón de agua

Estaba con mi tía y mi prima. Compramos un bidón de agua en Alto Hospicio y, como vivíamos en un departamento, tuvimos que subir hasta el penúltimo piso. Regamos y justo se me rompió el bidón. Empezamos a tirarnos el agua, pero después limpiamos y compramos otro, y mi mamá todavía no sabe.

TRINIDAD LEAL, 13 años, Alto Hospicio.

El Lolo

Llegó corriendo a la parada de los minibuses. Acomodó el bolso donde llevaba su traje de diablo suelto de hace cuarenta años, vigente gracias a los cuidados de su esposa ya fallecida. En el vehículo notó que unos jóvenes hablaban de que iban obligados a la fiesta de San Lorenzo, ya que les podía quemar la casa. Molesto, les dijo: «Con el Lolo no se juega, ¿me oyeron?». Tiró la cabeza hacia atrás y pensó que después de este último baile, por fin, se reuniría con su esposa, gracias a la gloria del Santo, a quien siempre sirvió.

JONATHAN GUILLÉN COFRÉ, 39 años, Iquique.

La caleta Riquelme y un ojo de pescado

El pescado es un alimento al cual le tengo mucho cariño. Mi bisabuelo siempre estaba yendo a la caleta Riquelme a pescar, nos traía a todos y nos insistía en que debíamos probar los ojos. Luego de su muerte pasamos por la caleta, tiraron globos azules que recordaban el mar y era su color favorito. Ese mismo día en la escuela me trajeron pescado. Como tenía un mal presentimiento, recordé a mi viejo y me comí esos ojos que tanto me había insistido en probar. Ahora, cuando paso por la caleta, sé que él está a mi lado.

CRISTAL MANRÍQUEZ CARRIZO, 13 años, Iquique.

Solitario en la micro

Todo sucedió sin aviso, de un momento a otro el partido se detuvo por una espesa niebla, o eso es lo que todos pensábamos. Los jugadores, el árbitro y hasta la señora de los completos se arrodillaron en el suelo y tosieron como tuberculosos. En cambio, yo había esquivado a cuanto rival se me cruzara y convertido un hermoso gol. Lamentablemente nadie vio mi anotación, nadie celebró mi destreza maradoniana, nadie se detuvo a contenerme con un abrazo, muy por el contrario, todos marcharon a sus casas, agobiados por el espeso gas tóxico de azufre.

HÉCTOR BARRAZA AHUMADA, 34 años, Alto Hospicio.

Olvido

El abuelo Juan está a punto de morir. Morirá en las próximas horas en la vieja casona donde crecieron sus hijos y nietos. No morirá a causa del frío inclemente de su geografía altiplánica. Tampoco morirá por alguna enfermedad propia de los años, que no pasan en balde. No morirá de anciano. No morirá producto de un accidente. Morirá como mueren los demás abuelos del pueblo de Colchane: de soledad, de abandono, de nostalgia infinita.

CAMILO MONTECINOS GUERRA, 31 años, Alto Hospicio.

La receta perdida

Sentada en un escaño de la Plaza de Pica, Ernestina recordó nostálgicamente a su padre Kaupolín Koo, quien se había ido de este mundo sin dejar rastros de la receta de los chumbeques. Hurgueteando en los armarios de la antigua cocina, solo había encontrado algunas fotos sepia con dedicatorias en cantonés y el fantasma de su padre cantando en chino mientras los preparaba. Su resignado silencio fue interrumpido por un niño piqueño que le habló de su precoz amistad con el anciano chino, tejida de chumbeque en chumbeque, quedando a salvo en la memoria del pequeño ayudante la receta perdida.

FERNANDO PALMA BECERRA, 57 años, Iquique.

Cuatro lucas

El eclipse iba a ser extraordinario. Me esmeré en conseguir lentes para verlo. Me costaron cuatro lucas, pero no me importó, quería ver el eclipse a cualquier costo. El día del eclipse amaneció nublado, pero yo tenía la esperanza de que se despejara, pero no pasó, Iquique todavía seguía cubierto de nubes. Era la hora del eclipse y en el cielo no se veía nada más que nubes. Los lentes no me sirvieron y fueron un gasto de plata, así que los puse de adorno para recordar el día en que Iquique decidió no abrir las puertas al esperado eclipse.

CATALINA BALTAZAR OCAYO, 17 años, Iquique.

Su último viaje

En la caleta Río Seco salen seis embarcaciones mar adentro. ¡Hoy la pesca será buena! La puesta de sol se va, la noche con esa luna llena, clara, alumbra el océano como si fuera de día. De repente sale viento helado, las nubes se desplazan, las olas se agrandan y azotan las embarcaciones cada vez más fuerte. «¡Viene una tormenta!», grita la tripulación, «¡vamos a los islotes para protegernos!». Con mucha dificultad llegan cinco embarcaciones. La embarcación rota del Lobo de Mar, así llaman al más anciano, no pudo contra las olas. El mar bravío se lo llevó para siempre.

THAYNA CASTILLO CHÁVEZ, 11 años, Alto Hospicio.

Ser piqueño

MENCIÓN HONROSA

Ser piqueño es ser libre como la cuculí, oler a alfajor y fruta, ser orgulloso y altivo como el mango padre, leal como los viejos vilcos, amable como las antiguas abuelas piqueñas, cristalino como las aguas de la cocha, hermoso como los azahares del limón, alegre como las quiguaguas, tradicional como los lagares, fuerte como los terrales de invierno, humilde como los callejones, en fin, ser piqueño es un honor y un privilegio. De ahí el dicho de su gente: «No pedí ser piqueño, solamente tuve suerte».

LUIS MUÑOZ VALDÉS, 51 años, Pica.

El papi

Son las seis de la mañana y el vapor escapa del té hirviendo. Una marraqueta con mantequilla es apuñalada por mi abuelo mientras los bigotes canos de él se llenan de la nicotina que aspira. Termina de comer, saca su gorro y un chaleco tejido. Armado con una mochila que hace frente a su espalda, lo veo irse en su fiel bicicleta; son su alma de arena y trabajo. A vencer el día va este pampino moderno, mi papi.

MATÍAS ÁVILA GÓMEZ, 17 años, Iquique.

El Jechu

El Jechu es el más querido de la Norte Unido, desde niño se ganó el corazón de todos en el barrio. Cuando el equipo de fútbol estuvo en la cúspide, él fue el abanderado de la hinchada. No existe funeral en el que no lleve el féretro muy serio, como un familiar cercano encabeza la última caminata junto al difunto. Siempre risueño y cariñoso con los mayores, bravo y garabatero cuando lo molestan los cabros más burlescos. Cerca de su casa pasa la mayor parte del tiempo, atrás del hospital antiguo. Más de sesenta años hoy tiene este eterno muchacho.

JORGE CAUCOTO GRAMATTICO, 48 años, Iquique.

Tirana

Estoy en La Tirana, un 16 de julio, a las 00:00 hrs. Mi mamá sosteniendo una vela, mi abuela llorando al ver la imagen de la Virgen, mi hermano asustado por los fuegos artificiales, y yo en cambio con doble panty debajo de los jeans, intentando no morir de frío, sin entender por qué tengo que pasar por lo mismo cada año.

MARTINA BÁEZ DONOSO, 15 años, Iquique.

Bestia de metal

Cuando era pequeño admiraba a esa hermosa bestia que se encuentra en el paseo Baquedano. Siempre que podía paseaba en su lomo. Aunque era lenta la experiencia, siempre fue inolvidable. Pero ahora en su lugar solo veo un tren. Un mísero e inerte tren. Ahora esa bella bestia vive solamente en mis recuerdos.

DIEGO CALLPA MORÁN, 18 años, Alto Hospicio.

De Iquique a Alto Hospicio

Era de noche y yo iba subiendo a Hospicio con mi mamá y mi hermana. Iba en la 1-21 cuando de pronto la micro queda en pana en medio de la carretera. Nos hicieron bajar a todos. El chofer llamó a otra micro para que nos viniera a buscar. Mientras esperábamos vi el hermoso paisaje. Las luces de todo Iquique iluminaban mis ojos y el viento movía mi pelo, era como una ciudad submarina.

CARLA SALINAS LLAVE, 13 años, Alto Hospicio.

Los calamorros

Mi bisabuela, que vivió en varias salitreras, usaba palabras raras. Un día dijo que le iba a comenzar un romadizo por no haber usado el paletó, le tenían que hacer una friega con bengué o tomarse una cheracol; como no funcionó, el zumo de papa fue infalible. Cuando se estaba recuperando, se tropezó con mis zapatos y gritó: «¡De quién son esos calamorros!». Cuando supo que eran míos, me aforró un paipazo por jetón.

JAIIME ANTEZANA LLANES, 34 años, Iquique.

Nutrias

Dos nutrias danzantes parecían felices en las orillas de un pequeño acantilado cerca de la piscina Godoy. Era imposible seguir el camino con tan impresionante función, asemejaban niños jugando a las escondidas bajo esas rocas, y cuando se encontraban se abrazaban como un primer encuentro, y corre que te pilló otra vez.

MIRZA CASTILLO CONTRERAS, 49 años, Alto Hospicio.

Calles coreanas

PREMIO AL TALENTO JOVEN

Como fan del pop coreano, no olvidaré fácilmente aquel sábado 22 de junio, en el que la gente se paseaba por las calles con mascarillas en sus rostros. Yo, imaginando que caminaba por alguna calle de Seúl, dejaba a un lado el incidente del incendio de la azufrera que tenía a media región tarapaqueña intoxicada.

DANIELA ARANDA CORTÉS, 17 años, Iquique.

Ilustración de Javier Osses.



FUNDACIÓN PLAGIO PRESENTA

IQUIQUE EN 100 PALABRAS

¡Participa en esta nueva versión del concurso
hasta el 3 de diciembre de 2021!
en www.iquiqueen100palabras.cl



PRESENTA



MEDIA PARTNERS

TVN



radiopautina

COLABORAN



Corporación Municipal
de Desarrollo Social
de Iquique



Proyecto financiado por el Fondo del Libro
y la Lectura, convocatoria 2021